

(Texto para traducción simultánea)
(Versión en castellano para Sudamérica)

Rocca di Papa, 7 de diciembre de 1973

Chiara en el trigésimo aniversario de la Obra de María:

"Hoy la Obra cumple treinta años"

Me han pedido que recuerde hoy, 7 de diciembre de 1973, el día 7 de diciembre de 1943, que hemos considerado siempre la fecha oficial del inicio del Movimiento.

Se trata de mi consagración a Dios. Creo que para los más jóvenes y para los nuevos, sea algo grato describir aquel sencillo día. Tratar, de hacerlo mirando al hecho en sí mismo, Obra del Señor, y no a mí misma.

Imaginen a una chica enamorada! Enamorada con aquel amor que es el primero, el más puro, el que aún no ha sido declarado, pero que comienza a quemar el alma. Con una sola diferencia: la chica enamorada así, en esta tierra, tiene en los ojos la figura de su amado; esta otra, no lo ve, no lo oye, no lo toca, no advierte su perfume con los sentidos del cuerpo, sino con los del alma, a través de los cuales el Amor con la A mayúscula ha entrado y la ha invadido totalmente. Por eso siente una alegría característica, que difícilmente se vuelve a experimentar en la vida: alegría secreta, serena, exultante.

Unos días antes del 7 de diciembre me habían dicho que velase durante la noche precedente, al lado del crucifijo, para prepararme mejor al casamiento con Dios, casamiento que debía realizarse en el modo más secreto. Estábamos al corriente Dios, el confesor y yo.

A la noche traté de hacer esta vigilia, arrodillada al lado de la cama, delante de un crucifijo de metal que ahora tiene mi madre.

Recé, me parece, un par de horas. Pero, siendo joven y poco convencida de ciertas prácticas que después se manifestaron no conformes con mi vocación, me quedé dormida, después de haber notado que el crucifijo estaba completamente mojado por la humedad de mi aliento durante la oración.

Este hecho me ha parecido un símbolo: el crucificado que habría tenido que seguir, no habría sido tanto el de las llagas físicas, que muchas espiritualidades pusieron de relieve, sino el de los dolores espirituales (en aquel tiempo yo no conocía al Abandonado) que Jesús había probado.

Por la mañana me levanté alrededor de las cinco. Me puse el mejor vestido que tenía, aunque pobre, y me encaminé, atravesando toda la ciudad, hacia un pequeño colegio.

Le había avisado anteriormente a mi madre que debía ir a una ceremonia que duraría mucho tiempo.

Arreciaba un temporal tal que tuve que abrirme camino empujando hacia adelante el paraguas. También esto tenía su significado. Me parecía que expresaba que el acto que estaba a punto de hacer, encontraría obstáculos. Aquella furia de agua y de viento contrario, me parecía el símbolo de un adversario.

Apenas llego al colegio: cambio de escena. Un enorme portón se abre solo, automáticamente. Sensación de alivio y de acogimiento, casi como brazos abiertos de aquel Dios que me esperaba.

La pequeña Iglesia había sido adornada lo mejor posible. En el fondo se destacaba una imagen de la Virgen de la Inmaculada. Delante del altar, más allá de la balaustrada, había sido preparado con esmero un reclinatorio.

El sacerdote me había dicho antes que le llevase en un sobre cerrado el pedido de una gracia, seguro de que la habría obtenido aquel día. El lo toma. En este pedía la fe para una persona querida. Lo pone debajo del corporal e inicia la Misa.

Antes de la comunión he visto, por un instante, lo que estaba a punto de hacer: había atravesado un puente con la consagración a Dios. El puente caía a mis espaldas; ya nunca más podría volver al mundo. Sí, porque mi consagración no era simplemente como la fórmula que leí después delante de la Eucaristía elevada ante mí: "hago voto de castidad perfecta y perpetua"; era otra cosa. Yo me casaba. Me casaba con Dios. Y esto no significaba solamente pureza, no matrimonio humano, sino dejar todo: padres, estudios, escuela, diversiones; todo lo que en mi pequeño mundo había hasta entonces, amado.

Aquel abrir los ojos ante lo que estaba haciendo - recuerdo- fue inmediato y breve, pero tan fuerte, que me cayó una lágrima en el misal.

La Misa terminó en silencio. Bajé, me arrodillé en un banco.

El sacerdote se quitó los paramentos y se arrodilló unos bancos más atrás. Una larga acción de gracias. Después, el sacerdote, acercándose, me dice: "Usted será esposa de sangre". Aunque grata por todo lo que me decían, no sentía consonancia entre lo que él decía y lo que yo advertía en el alma. Aquel "esposa de sangre" me parecía una fórmula de otros tiempos, no hecha para mí. Y lo que mi corazón respondió fue: "No, yo soy esposa de Dios". Y era aquel Dios que más tarde se habría manifestado como Abandonado: sangre, sin duda, pero sangre del alma.

Creo que hice el viaje de vuelta a casa corriendo. Me detuve, me parece, cerca del obispado, a comprar tres claveles rojos para el crucifijo que me esperaba en la habitación. Habrían sido el signo de la fiesta común.

Esto fue todo. Treinta años atrás.

Recordando esa fecha, no pude dejar de conmoverme al pensar en la felicidad de aquel día.

La historia que siguió, ustedes más o menos la conocen: treinta años de... como dice una vieja canción nuestra: "Penas, tormentos, amor, felicidad". Señor - repito también hoy con ustedes- estas son mis flores.

En estos días alguien me ha preguntado si volvería atrás. La respuesta ha sido (no obstante la clara conciencia de que podría hacer todo mejor): ¡No! Es demasiado grande lo que ha sucedido en estos treinta años. Y tal vez no todos se dan cuenta.

Ha sido injertada en el árbol de la Iglesia una ramita ya florecida, que ya es Iglesia. El injerto se ha hecho. No importan los instrumentos de los cuales Dios se ha servido; importa la Iglesia. Cristo ha puesto como piedra a Pedro y nosotros, pobres y pequeños, tenemos la alegría en este siglo veinte de enriquecerla con una nueva luz, con una nueva primavera.

Y todo esto ha sucedido por la correspondencia a la gracia de los que en ella han trabajado; sobre todo por el carisma: talento que debíamos fructificar; y también por nuestras debilidades, ingenuidades y faltas, no porque

debilidades e ingenuidades sean cosas buenas en sí, sino porque, habiendo creído siempre que todo lo que sucede es para un bien (para los que aman a Dios), debilidades, ingenuidades y faltas se han vuelto materia útil para la Obra de Dios, además de ser nuestra mayor fuerza, como dice Pablo que de ellas se vanagloria, pues son la prueba, delante de los hombres, de que nuestra Obra es Obra Sua.

Pero este injerto podía también no haberse hecho. Éramos libres. Por lo tanto me parece razonable no desear volver atrás y dar gracias a Dios - como nunca lo haremos bastante- por estos treinta años.

En estos días he pensado varias veces que, si muriese, llevaría conmigo una alegría a la otra vida: la alegría de haber contribuido a una Obra de Dios que permanecerá, porque Iglesia, también después de mí. Aunque sea necesario que El siga protegiéndonos siempre, porque todavía podríamos estropearlo todo.

Pero hoy es el día 7 de diciembre de 1973.

Una breve pausa para mirar atrás. Ahora: ¡adelante! ¡Quién sabe lo que nos espera! Ciertamente ser todo únicamente amor. Con las mejores previsiones, el 7 de diciembre de 1943, no habría podido pensar lo que hoy veo. Alabanza a Dios, gloria a María, reina de un reino que - sin metáfora- ha invadido el mundo.

Oggi l'Opera compie trent'anni Chiara Lubich Coris. Rivista da Elba Consacrazione di Chiara a Dio Disco nro. 47. Fatto in 8 piste 1ra.Sud. 10/02/9307/24/92